

y la señora Ragón me cuidó. ¡Tened valor, que seréis recompensados! Ved, hijos míos, como no hay mal que por bien no venga.

—Ya no se peleará más en las calles—dijo Celestino.

—Hay que esperarlo así—añadió César, que partió de aquí para hacer una amonestación á sus dependientes, amonestación que terminó con una invitación.

La perspectiva de un baile animó á los tres dependientes, á Roguet y á Virginia de un ardor que les comunicó la destreza de los equilibristas. Todos iban y venían por las escaleras cargados y sin romper ni dejar caer nada. A las dos de la noche la mudanza estaba hecha. César y su mujer durmieron en el segundo piso. La habitación de Popinot se convirtió en la de Celestino y la del segundo dependiente. El tercer piso se convirtió en trastera provisional.

Presencia de ese magnético ardor que produce la afluencia del fluido nervioso y que convierte el diafragma en un brasero en las gentes ambiciosas ó enamoradas agitadas por grandes designios, Popinot, tan dulce y tan tranquilo, había pifado en la tienda, al levantarse de la mesa, como pifaba un caballo antes de la carrera.

—¿Qué tienes?—le dijo Celestino.

—¡Qué día, querido mío! me establezco—le dijo al oído, —y el señor César ha sido condecorado.

—Es usted muy feliz, pues el patrón le ayuda—exclamó Celestino.

Popinot no respondió y desapareció como empujado por un viento furioso, el viento del éxito.

—¡Oh! él le dice feliz, pero creo que el amo ha notado que á Popinot le gusta la señorita Cesarina, y como es muy astuto y conoce que sería difícil negársela á causa de sus parientes, se desembaraza de Anselmo estableciéndole. Y Celestino toma esta astucia por generosidad—dijo un dependiente á su vecino que se ocupaba en apilar guantes por docenas.

Anselmo Popinot bajaba por la calle de San Honorato y se encaminaba á la de los Dos Escudos para apoderarse de un joven á quien consideraba como el principal instrumento

de su fortuna. El juez Popinot había hecho un gran favor al viajante más hábil de París, el cual recibió más tarde el nombre de *ilustre*, á causa de su actividad y de su triunfante charla. Dedicado especialmente á la sombrerería y al *artículo de París*, este rey de los viajeros se llamaba aún pura y sencillamente Gaudissart. A los veintidos años se distinguía ya por el poder de su magnetismo comercial. Delgado entonces, de ojos alegres, rostro expresivo, memoria infatigable, dotado de golpe de vista para apreciar los gustos de cada uno, merecía ser lo que fué más tarde, el rey de los viajeros, el *francés* por excelencia. Algunos días antes, Popinot había encontrado á Gaudissart, el cual le había dicho que estaba en vísperas de viaje; así es que la esperanza de encontrarle aún en París había lanzado al enamorado hacia la calle de los Dos Escudos, donde supo que el viajante no se había marchado todavía. Para despedirse de su querida capital, Gaudissart había ido á ver una pieza nueva al Vaudeville, y Popinot resolvió esperarle. ¿No era una verdadera fortuna la comisión del aceite de avellanas á aquel magnífico agente de las invenciones comerciales, halagado ya y mimado por las casas más ricas? Popinot era dueño de Gaudissart. El viajante, tan sabio en el arte de embaucar á las gentes más rebeldes, se había dejado liar á su vez por la conspiración tramada contra los Borbones después de los Cien Días. Gaudissart, que no podía vivir á no ser al aire libre, se vió, pues, en la cárcel, bajo el peso de una grave acusación.

El juez Popinot, encargado de instruir la causa, sobreseyó la de Gaudissart reconociendo que lo único que le había comprometido en aquel asunto era su imprudente vivacidad. Con un juez deseoso de agradar al poder, ó con un realista exaltado, el desgraciado viajante hubiera sido llevado al patíbulo. Gaudissart, que creía deber la vida al juez de instrucción, lamentaba profundamente el no poder pagar á su bienhechor más que con estéril agradecimiento, y como no pudiese ir á darle las gracias á un juez por haberle hecho justicia, había ido á casa de los Ragón para ponerse incondicionalmente á sus órdenes.

Mientras llegaba la hora de ver á Gaudissart, Popinot fue

á ver de nuevo su tienda de la calle de los Cinco Diamantes y á pedir la dirección del propietario para tratar del arriendo. Errando por el dédalo obscuro del gran mercado, pensando en los medios de obtener un rápido éxito, Popinot vió en la calle de Aubry-le-Boucher una ocasión única y de buen augurio con que regalar á César al día siguiente. A la puerta de la fonda del Comercio, al extremo de la calle de los Dos Escudos, á eso de las doce de la noche, Popinot oyó allá en la calle de la Grenelle un final de zarzuela cantado por Gaudissart, con acompañamiento de un bastón significativamente arrastrado por las aceras.

—Caballero, dos palabras—dijo Anselmo mostrándose de pronto.

—Once, si usted quiere—dijo el viajante levantando su bastón sobre el agresor.

—Soy Popinot—dijo el pobre Anselmo.

—Basta—dijo Gaudissart reconociéndole.—¿Qué necesita usted? ¿dinero? Está ausente, con permiso, pero se encontrará. ¿Mi brazo para un duelo? Soy todo suyo, de pies á cabeza.

Y cantó:

Tal es, tal es,
el buen soldado francés.

—Venga usted á hablar conmigo diez minutos, no á su cuarto, porque podrían oírnos, sino al muelle del Reloj. A esta hora no hay allí nadie, y se trata de un asunto muy importante—dijo Popinot.

—Que no se enfrie, pues; ¡andando!—exclamó Gaudissart.

Al cabo de diez minutos, el viajante, dueño de los secretos de Popinot, reconoció su importancia y exclamó imitando á Lafont en el papel del Cid:

¡Venid perfumistas, tenderos y barberos!

—Voy á atrapar á todos los tenderos de Francia y de Navarra. ¡Oh! ¡una idea! Iba á marcharme; pero me quedo para encargarme de la venta de la perfumería parisiense.

—¿Con qué objeto?

—Para estrangular á sus rivales, inocente. Teniendo yo su comisión, puedo reventar sus pérfidos cosméticos no hablando de ellos y ocupándome únicamente de los de usted. Una jugarreta de viajante. ¡Ah! amigo, nosotros somos los diplomáticos del comercio. Respecto á su prospecto, yo me encargo de él. Soy amigo de infancia de Finot, el hijo del sombrerero de la calle del Gallo, que me indujo á correr la sombrerería. Finot, que tiene mucho talento, se ha apoderado del talento de todas las cabezas que cubría su padre, se dedica á la literatura y escribe en el *Correo de los Espectáculos*. Su padre, que está lleno de razones para que no le guste el ingenio, no cree en el talento, y resulta imposible probarle que éste se vende. El viejo Finot tiene cogido por el hombro á su hijo. Este muchacho, que es listo y amigo mío, y cuente que yo no me junto con los tontos más que comercialmente, hace reclamos para el *Pastor Fiel*, el cual paga, mientras que los periódicos donde trabaja como un burro sólo le valen enemistades. ¡Qué envidiosos son los de esa profesión! Sucede como en el *artículo Paris*. Finot tenía una magnífica comedia en un acto para la señorita Mars, que es la famosa de las famosas, la que más me gusta. Ahora bien, para que le representasen la obra se ha visto obligado á llevarla al teatro de la Alegría. Finot sabe lo que es anunciar, y nos hará el prospecto gratis. Vaya; con un ponche y unos pasteles haremos de él lo que queramos. Yo, por mi parte, viajaré sin comisión ni gastos, y ya haré de modo que sus competidores lo paguen todo. Entiéndase bien que, para mí, este éxito es una cuestión de honor. Mi recompensa será el asistir á su boda. Iré á Italia, á Alemania y á Inglaterra. Llevo conmigo anuncios en todas las lenguas, y los haré poner en todas partes, en las aldeas, á las puertas de las iglesias y en todos los lugares que yo conozco. Su aceite brillará y estará en todas las cabezas. ¡Ah! su casamiento no será con trampa, sino de peso. Cesarina será suya, ó dejo yo de llamarme ILUSTRE, nombre que me dió el padre Finot por haber dado salida á sus sombreros grises. Vendiendo su aceite no me salgo de mi radio, la cabeza humana; el aceite

y el sombrero son reputados de conservar las cabelleras públicas.

Popinot se volvió á casa de su tía, adonde tenía que ir á dormir, dominado por tal fiebre, cansado por la previsión del éxito, que las calles le parecían arroyos de aceite. Durmió poco, soñó que sus cabellos crecían de un modo atroz, vió dos ángeles que le desenrollaban un letrado en donde se leía: ACEITE CESARIANO. Despertóse en medio de este sueño y resolvió dar este nombre al aceite de avellana, considerando aquel capricho del sueño como una orden celestial.

César y Popinot estuvieron en su taller del arrabal de Temple mucho antes de que llegasen las avellanas, y mientras esperaban á los dependientes de la señora Madou, Popinot contó á su amo su tratado de alianza con Gaudissart.

—Si tenemos al ilustre Gaudissart, somos ya millonarios—exclamó el perfumista tendiendo la mano á su cajero con el aire que debió tomar Luis XIV al recibir al mariscal de Villars á su vuelta de Denain.

—Aun tenemos otra cosa—dijo el feliz dependiente sacando del bolsillo una botella de forma aplastada simulando una calabaza.—He encontrado diez mil frascos como este veinte céntimos y á seis meses de plazo.

—Anselmo—dijo Birotteau con aire grave contemplando el frasco,—ayer, en las Tullerías, sí, ayer mismo, decías «¡Medraré!», y yo te digo hoy: «¡Medrarás!» ¡A veinte céntimos! ¡á seis meses de término! ¡una forma tan original! Yo veo aplastado á Macassar. ¡Vaya un golpe que le damos! ¡Qué bien he hecho adquiriendo las únicas avellanas que hay en París! ¿Dónde demonios has encontrado estos frascos?

—Esperaba la hora de hablar á Gaudissart y callejeaba.

—¡Como yo antaño!—exclamó Birotteau.

—Bajando por la calle de Aubry-le-Boucher, vi en caso de un vidriero al por mayor, comerciante de vidrios bonitos y de fanales, que tiene almacenes inmensos, y percibí este frasco... ¡Ah! me ha herido la vista como una luz súbita y una voz me ha gritado: «¡He ahí tu negocio!»

—¡Ha nacido comerciante! tendrá mi hija—murmuró César.

—Entro, y veo miles de frascos en unas cajas.

—¡Y tú pediste precio en seguida!

—No me crea usted tan tonto—exclamó dolorosamente Anselmo.

—Nada, que ha nacido comerciante—repitió Birotteau.

—Pido fanales para meter pequeños crucifijos de cera. Al mismo tiempo que regateaba los fanales, critico la forma de los frascos. Llevado á una confesión general, mi comerciante declara de plano que Faille y Bouchot, que habían faltado últimamente, iban á trabajar un cosmético y querían frascos de forma rara; él desconfiaba de ellos y exigió la mitad al contado. Faille y Bouchot, en la esperanza de salir airosos, sueltan el dinero y la quiebra estalla durante la fabricación; los síndicos, obligados á pagar, acaban de transigir con él dejándole los frascos y el dinero cobrado, como indemnización de una mercancía juzgada ridícula y sin colocación posible. Los frascos cuestan á cuarenta céntimos, y él se daría por satisfecho vendiéndolos á veinte céntimos, pues Dios sabe el tiempo que tendría en el almacén una forma que no está de moda. Entonces yo le pregunté: «¿Quiere usted comprometerse á proveerme de diez mil frascos á veinte céntimos? Puedo desembarazarle á usted de sus frascos, pues soy dependiente del señor Birotteau.» Y sondeo, llevo, domino y caliento á mi hombre, y ya es nuestro.

—¡A veinte céntimos!—dijo Birotteau.—¿Sabes que podemos poner el aceite á tres francos y ganar uno y medio, dejando otro á nuestros compradores?

—¡El Aceite Cesariano!—exclamó Popinot.

—¡El Aceite Cesariano...? ¡Ah! señor enamorado, ¿quiere usted halagar al padre y á la hija? ¡Pues bien, sea, vaya por el Aceite Cesariano! Los Césares eran dueños del mundo y debían tener grandes cabelleras.

—César Augusto era calvo—dijo Popinot.

—Porque no se sirvió de nuestro aceite, dirán. Poniendo á tres francos el Aceite Cesariano, el Aceite de Macassar cuesta el doble. Gaudissart es nuestro, y tendremos cien mil francos de beneficio al año, pues suponiendo que todas las cabezas que se respetan gasten doce frascos al año, hacen diez

y ocho francos. ¿Pongamos diez y ocho mil cabezas? pues hacen ciento ochenta mil francos. Somos millonarios.

Una vez remitidas las avellanas, Ragué, los obreros, Popinot y César mandaron una cantidad suficiente y antes de cuatro horas hicieron algunos litros de aceite. Popinot fué a enseñar el producto á Vauquelin, el cual le regaló una fórmula para mezclar la esencia de avellana con cuerpos oleaginosos menos caros, y la manera de perfumarla. Popinot se puso en seguida en acción para obtener una patente de invención y de perfeccionamiento. El adicto Gaudissart prestó á Popinot la suma necesaria para pagar el derecho fiscal, el cual tenía la pretensión de pagar la mitad con los beneficios de su establecimiento.

La prosperidad lleva consigo una embriaguez á la que no resisten nunca los hombres inferiores. Esta exaltación tuvo un resultado fácil de prever. Grindot llegó y presentó el croquis coloreado de una deliciosa vista interior de la futura habitación adornada de muebles. Birotteau, seducido, consintió en todo. Al mismo tiempo, los albañiles dieron los primeros golpes de pico que hicieron gemir la casa y á la señora Birotteau. El pintor, el señor Lourdois, rico contratista que se comprometía á no omitir nada, hablaba de dorar el salón. Al oír esto, Constanza intervino.

—Señor Lourdois—le dijo,—usted tiene treinta mil francos de renta, habita en una casa de su propiedad y puede hacer en ella lo que quiera, pero nosotros...

—Señora, el comercio debe brillar y no dejarse aplastar por la aristocracia. Por otra parte, el señor Birotteau forma parte del gobierno, está en evidencia...

—Sí, pero aun es tendero—dijo Constanza delante de sus dependientes y de las cinco personas que le escuchaban;—ni yo, ni él, ni sus amigos, ni sus enemigos lo olvidaremos.

Birotteau, con las manos cruzadas detrás de la espalda, se levantó sobre la punta de sus pies y se dejó caer sobre sus talones varias veces.

—Mi mujer tiene razón—dijo.—Seremos modestos en la prosperidad. Por otra parte, mientras un hombre está dentro del comercio, debe ser moderado en sus gastos, reser-

vado en su lujo, pues la ley le obliga á ello, y no debe entregarse á gastos excesivos. Si el engrandecimiento de un local traspasa los límites, sería imprudente en mí excederlos, y hasta usted mismo me lo criticaría, Lourdois. El barrio tiene los ojos fijos en mí, y las gentes que medran tienen envidiosos. ¡Ah! ya lo sabrá usted pronto, joven—dijo á Grindot;—si nos calumnian, no les dé usted al menos lugar á que critiquen.

—Ni la calumnia, ni la maledicencia pueden alcanzarle—dijo Lourdois;—está usted en una posición excepcional, y tiene tan gran conocimiento del comercio, que puede usted defender sus empresas, pues es usted un *maligno*.

—Es verdad, tengo alguna experiencia de los negocios. ¿Sabe usted por qué engrandezco el local? Si yo exijo rapidez y exactitud, es...

—No.

—Pues bien; mi mujer y yo reunimos á algunos amigos, tanto para conmemorar la libertad del territorio, como para celebrar mi promoción á la orden de la Legión de honor.

—¡Cómo! ¡cómo!—dijo Lourdois—¿le han concedido á usted la cruz?

—Sí; tal vez me he hecho digno de este insigne y real favor formando parte del tribunal consular y combatiendo por la causa real el 13 de Vendimiario en San Roque, donde fui herido por Napoleón. Venga usted con su mujer y su hija...

—Estoy encantado del honor que usted se digna hacerme—dijo el liberal Lourdois.—Pero es usted un pillín, papá Birotteau; quiere usted estar seguro de que no faltaré á mi palabra, y por eso me ha invitado. Pues bien, tomaré mis más hábiles obreros y haremos un fuego infernal para secar las pinturas: poseemos procedimientos disecativos, pues es preciso no bailar en medio de una humedad exhalada por el yeso. Se barnizará para quitar todo olor.

Tres días después, el comercio del barrio estaba emocionado con el anuncio del baile que preparaba Birotteau, eso sin contar con que todo el mundo pudo ver los preparativos á que daba lugar aquella fiesta. Los obreros que trabajaban

con luz, pues los había de noche y de día, hacían detenerse en la calle á los ociosos y curiosos, y los chismes y cuentos se apoyaban en estos preparativos para anunciar enormes suntuosidades.

El domingo indicado para la conclusión del negocio de los terrenos, los señores Ragón y el tío Pillerault se presentaron á las cuatro de la tarde. Según César, con motivo de la reforma del local, sólo podía invitar aquel día á Carlos Claparón, á Crottat y á Rougín. El notario llevó el *Diario de los Debates*, donde el señor de La Billardiere había hecho insertar el siguiente artículo:

«Tenemos noticias de que en breve se celebrará con entusiasmo en toda Francia la libertad del territorio; pero, en París, los miembros del cuerpo municipal han comprendido que había llegado el momento de devolver á la capital aquel esplendor que había cesado durante la ocupación extranjera á causa de un sentimiento de conveniencia. Cada uno de los alcaldes y de los tenientes alcaldes, se proponen dar un baile; así es que el invierno promete ser brillante, y es casi seguro que este movimiento nacional no será estéril. De todas las fiestas que se preparan, se habla mucho del baile del señor Birotteau, el cual es muy conocido por su adhesión á la causa real y acaba de ser nombrado caballero de la Legión de honor. El señor Birotteau, como juez consular estimadísimo y como herido en el encuentro de San Roque el 13 de Vendimiaro, ha merecido doblemente este favor.»

—¡Qué bien se escribe hoy!—exclamó César.—¿Ya sabe usted que hablan de nosotros en el periódico?—le dijo á Pillerault.

—Bueno, ¿y qué?—le contestó su tío, á quien era antipático el *Diario de los Debates*.

—Este artículo tal vez nos hará vender la *Pasta de las Sultanas* y el *Agua Carminativa*—dijo en voz baja Constanza á la señora Ragón sin participar del entusiasmo de su marido.

La señora Ragón, mujer alta, seca y arrugada, de nariz puntiaguda y labios delgados, tenía un falso aire de marquesa

de la antigua corte. El cerco de sus ojos estaba ajado en una extensión bastante grande, como el de las ancianas que han sufrido muchas penas. Su actitud severa y digna, aunque afable, inspiraba respeto. Por otra parte, tenía un no sé qué de extraño que sorprendía sin excitar la risa y que se explicaba por sus modales y su manera de vestir: llevaba mitones, usaba en todo tiempo una sombrilla semejante á la que llevaba María Antonieta en Trianón, y su bata formaba en las caderas inimitables pliegues, cuyo secreto se han llevado consigo las antiguas viudas nobles. Conservaba la mantilla negra guarnecida de encajes negros, y sus capotas de forma antigua tenían atractivos que recordaban los recortes de los marcos antiguos tallados. Tomaba rapé con esa exquisita limpieza y haciendo esos gestos que pueden recordar los jóvenes que han tenido la dicha de ver á sus tías segundas y á sus abuelas colocar solemnemente las tabaqueras de oro sobre la mesa sacudiendo el polvo de tabaco caído sobre su manteleta.

El señor Ragón era un hombrecito de cinco pies á lo más, con cara de casca-nueces en la que se veían únicamente unos ojos, dos pómulos agudos, una nariz y una barba. Sin dientes, comiéndose la mitad de las palabras, de conversación pluvial, galante y pretencioso, se sonreía siempre con la sonrisa que hacía antaño para recibir á las hermosas damas que en diferentes ocasiones acudían por casualidad á su tienda. Los polvos formaban en su cráneo una blanca media luna bien peinada, dividida en dos porciones que terminaban en una pequeña trenza atada con una cinta. Llevaba levita azul, chaleco blanco, calzón y medias de seda, zapatos con hebillas de oro y guantes de seda negra. El rasgo más saliente de su carácter era el ir por las calles con el sombrero en la mano. Parecía un mensajero de la Cámara de los pares, un ujier del gabinete del rey ó alguno de esos seres que están al lado de un poder cualquiera recibiendo su reflejo, pero siendo poca cosa.

—Conque Birotteau, hijo mío, ¿te arrepientes de haber seguido nuestros consejos?—dijo Ragón con aire magistral.—¿Hemos dudado nunca del agradecimiento de nuestros muy amados soberanos?

—¡Qué feliz debe usted ser, querida mía!—dijo la señora Ragón á la señora Birotteau.

—Sí que lo soy—respondió la hermosa perfumista, que estaba bajo el encanto de aquella sombrilla, de aquella capota, de aquellas mangas justas y de la gran manteleta que llevaba la señora Ragón.

—Cesarina está encantadora. Venga usted aquí, hermosa mía—dijo la señora Ragón con aire protector.

—¿Cerraremos el trato antes de comer?—dijo Pillerault.

—Esperamos al señor Claparón, que ha quedado vistiéndose—dijo Roguín.

—Señor Roguín—dijo César,—¿ya le he advertido á usted que comeremos en un mal entresuelo?

—Hace diez y seis años lo encontraba magnífico—murmuró Constanza.

—¿En medio de escombros y de obreros?

—¡Bah! es un buen muchacho fácil de contentar—dijo Roguín.

—He puesto á Raguét de guardia en la tienda, porque como está todo demolido, no quiero que pase nadie—dijo César al notario.

—¿Por qué no ha traído usted á su sobrino?—dijo Pillerault á la señora Ragón.

—¿No le veremos hoy?—preguntó Cesarina.

—No, corazón mío—dijo la señora Ragón.—El pobre Anselmo trabaja hasta matarse. Aquella calle sin aire y sin sol, esa hedionda calle de los Cinco Diamantes me asusta; el arroyo está siempre azul, verde ó negro, y temo que perezca en él. ¡Pero cuando á los jóvenes se les mete algo en la cabeza!...—le dijo á Cesarina haciendo un gesto que quería decir que la palabra cabeza significaba corazón.

—¿De suerte que ya ha hecho el arriendo?—preguntó César.

—Sí, lo hizo ayer ante notario por diez y ocho años; pero le exigen un semestre adelantado—repuso Ragón.

—Vamos á ver, señor Ragón, ¿está usted contento de mí?—dijo el perfumista.—Le he dado el secreto de un descubrimiento que... en fin...

—Lo sabemos de sobra, César—dijo Ragón estrechando las manos al perfumista con religiosa amistad.

Roguín temía fundamentalmente la entrada en escena de Claparón, cuyas costumbres y lenguaje podían asustar á aquellas virtuosas gentes; así es que juzgó necesario preparar los ánimos, y dirigiéndose á Ragón, á Pillerault y á las damas, dijo:

—Van ustedes á ver un tipo que oculta sus cualidades bajo una mala capa, pues de la nada ha sabido encumbrarse por sus ideas. Tal vez llegue algún día á adquirir buenos modales á fuerza de tratar con banqueros. Se le encuentra á veces en los paseos, en el café bebiendo, desaliñado, jugando al billar y con aspecto de calavera; pero, ¡ca! nada de eso, lo que hace entonces es estudiar y remover la industria con nuevas concepciones.

—Yo comprendo eso perfectamente—dijo Birotteau.—Mis mejores ideas las he encontrado callejeando, ¿verdad, Constanza mía?

—Es que Claparón recupera durante la noche el tiempo empleado durante el día en buscar y combinar sus negocios. Todos esos hombres de talento hacen una vida extraña é inexplicable. Pero vean ustedes lo que son las cosas. En medio de esa vida, yo le he visto salir siempre airoso. Ahora mismo acaba de lograr que cediesen sus terrenos los propietarios, algunos de los cuales no querían porque sospechaban algo. Él los ha engañado, los ha cansado, ha ido á verlos todos los días y al fin ya somos dueños del campo.

Una extraña tos, propia de los bebedores de aguardiente y de licores fuertes, anunció á uno de los personajes más extravagantes de esta historia, al árbitro de los destinos futuros de César. El perfumista corrió hacia la obscura escalera, tanto para decirle á Raguét que cerrase la tienda, como para excusarse con Claparón por recibirle en el comedor.

—¡No faltaba más! Si se está aquí muy bien para chocar... digo, para cifrar los negocios.

A pesar de las hábiles preparaciones de Roguín, los señores Ragón, el observador Pillerault, Cesarina y su madre

no pudieron menos de sentirse desagradablemente sorprendidos al ver á aquel pretendido banquero.

A la edad de veintiocho años, aquel antiguo viajante no tenía ni un pelo en la cabeza y llevaba una peluca formando tirabuzones. Este postizo exige una frescura de virgen, una transparencia láctea y las más encantadoras gracias femeninas; así es que hacía resaltar innoblemente aquel rostro plagado de granos, tostado como el de un conductor de diligencia y surcado prematuramente por arrugas que denotaban su vida libertina, confirmada por el mal estado de sus dientes y los puntos negros sembrados sobre su piel rugosa. Claparón parecía un cómico de provincias que sabe todos los papeles, cuyas mejillas no soportan ya el carmín, de labios pastosos, de lengua siempre alerta, aun durante la embriaguez, de mirada impúdica y de gestos comprometedores. Aquella cara, iluminada por la alegre llama del ponche, desmentía la gravedad de los negocios. Así es que Claparón tuvo que hacer largos estudios mímicos antes de lograr adquirir una actitud que estuviese en armonía con su postiza importancia. De Tillet había asistido al tocado de Claparón, como el director de escena inquieto el día que se estrena su principal actor, pues temía que los groseros hábitos de aquella vida ociosa llegasen á descubrir la falsedad del banquero.

—Habla lo menos posible—le había dicho.—Un banquero no habla nunca: obra, piensa, medita, escucha y pesa. Para parecer un verdadero banquero, no digas nada, ó di cosas insignificantes. Oculta tu mirada de pillo y hazte el grave á riesgo de parecer tonto. En política, muéstrate partidario del gobierno y di generalidades como esta: *El presupuesto es pesado. No hay transacciones posibles entre los partidos. Los liberales son peligrosos. Los Borbones deben evitar todo conflicto. El liberalismo es la capa de intereses coaligados. Los Borbones no preparan una era de prosperidad y debemos sostenerlos, aunque no les amemos. Francia ha hecho bastantes experiencias políticas, etc.* No te tiendas sobre todas las mesas y no olvides que debes conservar la dignidad de un millonario. No sorbas el tabaco como hace un inválido, juega con la tabaquera, mira frecuentemente al suelo ó al techo antes de responder y afecto

aires importantes. Pierde, sobre todo, tu desgraciada costumbre de tocarlo todo. En el mundo un banquero debe parecer cansado de tocar, di que pasas las noches calculando, porque ¡se necesitan tantos elementos y tanto estudio para comprender un negocio! Habla ante todo muy mal de los negocios, di que son pesados, difíciles, espinosos. No salgas de aquí y no especifiques nada, no vayas á cantar en la mesa ni bebas demasiado. Si te emborrachas, pierdes tu porvenir. Roguín te vigilará; vas á tratar con personas moralistas y gentes virtuosas. Cuida de no asustarlos soltando algunos de tus principios de taberna.

Esta amonestación produjo en el ánimo de Carlos Claparón el mismo efecto que producía en su persona la ropa nueva. Este alegre despreocupado, amigo de todo el mundo, acostumbrado á sus vestidos despechugados, cómodos, y en los cuales su cuerpo estaba tan libre como era libre en su lenguaje, y metido dentro de un vestido nuevo que el sastre había hecho esperar y que él ensayaba tieso como una estaca, inquieto en sus movimientos como en sus frases y retirando su mano imprudentemente extendida hácia un frasco ó una caja, lo mismo que se detenía en medio de una frase, se señaló, pues, por un desacuerdo visible á la observación de Pillerault. Su cara roja y su peluca con rizos desgrefñados desmintieron sus vestidos como sus pensamientos estaban en contradicción con sus dichos. Pero aquellos buenos burgueses acabaron por atribuir estas continuas disonancias á la preocupación.

—Tiene tantos negocios...—decía Roguín.

—Los negocios le han dado poca educación—dijo la señora Ragón á Cesarina.

El señor Roguín oyó esta frase y se llevó un dedo á los labios.

—Es rico, hábil y de una excesiva probidad—dijo inclinándose hacia la señora Ragón.

—Se le puede dispensar algo en favor de esas cualidades—dijo Pillerault á Ragón.

—Leamos las actas antes de comer; ya estamos solos—dijo Roguín.

La señora Ragón, Cesarina y Constanza dejaron á los contratantes Pillerault, Ragón, César, Roguín y Claparón, escuchar la lectura que hizo Alejandro Crottat. César firmó, á favor de un cliente de Roguín, una obligación de cuarenta mil francos, con hipoteca sobre los terrenos y las fábricas situadas en el arrabal del Temple; entregó á Roguín el bono de Pillerault contra el Banco, dió sin pedir recibo los veinte mil francos de efectos de su cartera y los ciento cuarenta mil francos en letras á la orden de Claparón.

—No tengo recibo que darle—dijo Claparón,—usted obra por su parte en cosas del señor Roguín, como nosotros en la nuestra. Nuestros vendedores recibirán en su casa su precio en dinero y no me comprometo más que á hacer que encuentre usted lo que le falta para completar su parte con sus ciento cuarenta mil francos de efectos.

—Es justo—dijo Pillerault.

—Vamos, señores, llamemos á las señoras, pues hace frío sin ellas—dijo Claparón mirando á Roguín como para saber si la broma no era demasiado fuerte.—¡Señoras! ¡Oh! la señorita es sin duda su hija—dijo Claparón manteniéndose tieso y mirando á Birotteau;—vamos, veo que no es usted torpe. Ninguna de las rosas que ha destilado usted puede comparársele, y tal vez haya destilado usted rosas que...

—A fe que tengo apetito—dijo Roguín interrumpiéndole.

—Pues bien, comamos—exclamó Birotteau.

—Comeremos ante notario—exclamó Claparón relamiéndose.

—Debe usted tener muchos negocios—dijo Pillerault sentándose intencionadamente al lado de Claparón.

—Excesivamente, por gruesas—respondió el banquero;—pero son pesados, espinosos, y hay canales. ¡Oh! ¡los canales! ¡No puede usted figurarse lo que nos ocupan los canales! El canal es una necesidad que se hace sentir generalmente en los departamentos y que concierne á todos los comercios, ¿está usted? Los ríos, ha dicho Pascal, son caminos que andan. Se necesitan, pues, escalones. Los escalones dependen del terraplén, pues hay horribles terraplenes, el terraplén concierne á la clase pobre, y de ahí los préstamos que

en definitiva se hacen á los pobres. Voltaire ha dicho: ¡Canales, canards, canalla! Pero, el gobierno tiene sus ingenieros que le instruyen, y es difícil engañarle, á menos que no se entienda uno con ellos, pues la Cámara... ¡Oh! señor, ¡la Cámara nos causa un perjuicio! No quiere comprender que la cuestión política se oculta bajo la cuestión financiera. Hay mala fe por ambas partes. ¿Creerá usted una cosa? Los Keller, sí, Francisco Keller es un orador y ataca al gobierno con motivo de las rentas y de los canales. Al volver á su casa, escucha nuestras proposiciones, ve que son favorables, y entonces comprende la necesidad de arreglarse con el gobierno mismo, á quien acaba de atacar insolentemente. El interés del orador y el del Congreso chocan, y nosotros nos encontramos entre dos fuegos. ¿Comprende usted ahora el cómo los asuntos se hacen espinosos? ¡Hay que satisfacer á tanta gente! á los dependientes, á las cámaras, á las antecámaras, á los ministros...

—¿Á los ministros?—dijo Pillerault, que quería conocer á toda costa á aquel coasociado.

—Sí, señor, á los ministros.

—¿De modo que los periódicos tienen razón?—dijo Pillerault.

—Ya está mi tío engolfado en la política con el señor Claparón—dijo Birotteau.

—Vaya unos pillastres que están hechos esos periódicos. Señor, los periódicos nos lo embrollan todo, y aunque á veces nos sirven, generalmente nos hacen pasar crueles noches. Preferiría pasarlas de otro modo, porque tengo la vista perdida á fuerza de leer y calcular.

—Volvamos á los ministros—dijo Pillerault esperando revelaciones.

—Los ministros tienen exigencias puramente gubernamentales. Pero ¿qué es lo que estoy comiendo yo aquí? ¿ambrosía?—dijo Claparón interrumpiéndose. He aquí una de esas salsas que sólo se comen en las casas particulares; los bodegoneros nunca...

Al oír esta frase, las flores del sombrero de la señora Ragón se movieron violentamente, y Claparón, compren-

diendo que aquello de bodegoneros era bastante ordinario, quiso enmendarlo.

—En la alta banca se llama bodegoneros á los dueños de las tabernas elegantes, como Very y los Hermanos Provenzales. Ahora bien: ni estos infames bodegoneros ni nuestros sabios cocineros nos dan nunca salsas tan sabrosas; los unos nos dan agua clara acidulada con limón y los otros algún producto químico.

La comida transcurrió amenizada por los ataques de Pillerault, que á toda costa deseaba sondar á aquel hombre y que al no encontrar en él más que el vacío llegó á considerarle peligroso.

—Todo va bien—dijo Roguín al oído á Carlos Claparón.

—¡Ah! me alegro porque así esta noche podré desvestirme—respondió Claparón, que se ahogaba.

—Señor—le dijo Birotteau,—si nos vemos obligados á convertir el salón en comedor, es porque dentro de diez y ocho días reunimos á algunos amigos, tanto para celebrar la libertad del territorio, como...

—Bien, señor, yo también soy hombre de gobierno. Perdonezco, por mis opiniones, al *statu quo* del gran hombre que dirige los destinos de la casa de Austria, ¡un punto famoso! Conservar para adquirir, y sobre todo, adquirir para conservar... He aquí lo esencial de mis opiniones, que tienen el honor de ser las mismas que las del príncipe de Metternich.

—...Como mi promoción para la orden de la Legión de honor—repuso César.

—Sí, ya lo sé. ¿Quién me habló á mí de eso, los Keller ó los Nucingen?

Roguín, sorprendido de tanto aplomo, hizo un gesto admirativo.

—¡Ah! no, fué en la Cámara.

—¿En la Cámara, el señor de La Billardiere?—preguntó César.

—Precisamente—respondió Claparón.

—Es un buen sujeto—dijo César á su tío.

—Lo que hace es soltar frases y frases y ahogarse en ellas—dijo Pillerault.

—Tal vez me he hecho digno de este favor...—repuso Birotteau.

—Sí, con sus trabajos de perfumería. ¡Ah! los Borbones saben recompensar todos los méritos; atengámonos á esos generosos príncipes legítimos á quienes hemos de deber en breve inauditas prosperidades. Créalo usted, la Restauración comprende que tiene que competir con el Imperio y hará conquistas en plena paz, ya verá usted qué conquistas.

—¿Nos hará usted el honor de asistir á nuestro baile?—dijo Constanza.

—Señora, por pasar una velada con usted, dejaría de ganar millones.

—Me parecé que tiene usted razón; es muy hablador—dijo César á su tío.

Mientras la gloria de la perfumería tocaba á su ocaso, un nuevo astro aparecía en el horizonte comercial. A aquella misma hora, el pequeño Popinot echaba los cimientos de su fortuna en la calle de los Cinco Diamantes. Esta callejuela, estrecha y pequeña, donde los coches cargados pasan con trabajo, da á la calle de los Lombardos por un extremo, á la de Aubry-le-Boucher por otro, y tiene enfrente la de Quincampoix, calle ilustre del viejo París que tan ilustrada ha sido por la historia de Francia. Á pesar de esta desventaja, la reunión de los tenderos de ropas favorece á esta calle, y desde este punto de vista Popinot no había escogido mal. La casa que formaba el número dos, entrando por la calle de los Lombardos, era tan sombría, que en ciertas épocas del año se hacía necesario encender luz en pleno día. La vispera, por la noche, el principiante había tomado posesión de los lugares más negros y más desagradables. Su predecesor, tratante en melaza y en azúcar, había dejado huellas de su comercio en las paredes, en el patio y en los almacenes. Figuraos una tienda grande y espaciosa, con grandes puertas pintadas de verde, surcadas por bandas de hierro y provistas de clavos cuyas cabezas parecían hongos, y embaldosada con piedras blancas, rotas la mayor parte, y unas paredes amarillas y desnudas como las de un cuerpo de guardia. Venían después una trastienda y una cocina con

luces al patio, y por fin un segundo almacén que debió haber sido cuadra en otros tiempos. Por una escalera interior, practicada en la trastienda, se subía á dos cuartos con vistas á la calle, cuartos donde Popinot pensaba establecer su despacho, sus libros y su caja. Encima de los almacenes había tres cuartos estrechos, adosados á una pared medianera, donde se proponía vivir; tres cuartos destartados que no tenían más vista que la del patio regular y sombrío rodeado de paredes, cuya humedad le daba en tiempo seco el aire de haber sido recientemente blanqueadas. El patio tenía las juntas de las baldosas llenas de una grasa negra y hedionda, producto de las melazas y de los azúcares. De aquellos cuartos, sólo uno tenía chimenea, y todos carecían de papel y tenían el pavimento de ladrillo.

Por la mañana, Gaudissart y Popinot, ayudados por un obrero, pegaban en la pared de aquel horrible cuarto pintado á cola un papel de á tres reales. Una cama de colegial, una mala mesa de noche, una cómoda antigua, una mesa, dos sofás y seis sillas que el juez Popinot había dado á su sobrino, componían el mobiliario. Á eso de las ocho de la noche, los dos amigos, sentados ante la chimenea, donde brillaba un mal fuego, se disponían á consumir el resto del almuerzo.

—¡Fuera la carne fiambre!—exclamó Gaudissart.

—Pero...—dijo Popinot enseñando la única moneda de veinte francos que le quedaba para pagar el prospecto.

—Yo tengo—dijo Gaudissart poniéndose en un ojo una moneda de cuarenta francos.

En este momento sonó un aldabonazo en el patio, solitario y sonoro. como es natural, los domingos, día en que los industriales abandonan sus quehaceres para divertirse.

—Aquí está el mozo de la calle de la Poterie—dijo Gaudissart.

En efecto, un mozo seguido de dos pinches de cocina, se presentó llevando una comida y seis botellas de escogidos vinos.

—Pero ¿cómo haremos para comer tantas cosas?—dijo Popinot.

—¿Y el letrado?—exclamó Gaudissart.—Finot conoce las pompas y las vanidades, y va á venir provisto de un prospecto sorprendente. Los literatos siempre tienen sed, y si se quieren flores hay que regar las semillas. Vamos, esclavos, aquí tenéis oro,—les dijo á los pinches entregándoles dos reales con un gesto digno de Napoleón, su ídolo.

—Gracias, señor Gaudissart—respondieron aquellos, más satisfechos de la broma que del dinero.

—Oye, hijo mío—dijo al mozo que quedaba para servirles,—hay una portera que yace en las profundidades de un antro donde cocina á veces por pura distracción, como había en otros tiempos la colada Nausicaa. Vete á su lado, implora su bondad y ruégale que dé calor á estos platos. Dile que será bendecida y, sobre todo, muy respetada, por Félix Gaudissart, hijo de Juan Francisco Gaudissart, nieto de los Gaudissart, viles proletarios muy antiguos que fueron sus antepasados. Anda, y procura que todo esté bueno, porque, de lo contrario, te daré un pescocón.

Sonó otro aldabonazo.

—Aquí está el ocurrente Finot—dijo Gaudissart.

En efecto, apareció de pronto un muchacho grueso, bastante mofetudo, de mediana estatura y que parecía de pies á cabeza el hijo de un sombrerero. Su cara, entristecida como la del hombre sumido en la miseria, tomó una expresión de hilaridad cuando vió la mesa puesta y las botellas significativamente lacradas. Al oír el grito de Gaudissart, sus ojos azules se animaron y su cabeza miró de derecha á izquierda, acabando por saludar á Popinot de una manera extraña, sin servilismo ni respeto, como hombre que no se siente en su centro, pero que no quiere hacer ninguna concesión. Entonces empezaba á conocer que no poseía ningún talento literario, y pensaba explotar la literatura y hacer buenos negocios, en lugar de hacer obras mal pagadas. En aquel momento, después de haber agotado la humildad de sus pasos y la humillación de las tentativas, iba á volverse y á hacerse impertinente por cálculo, pero necesitaba algún capital, y Gaudissart le había dado esperanzas de lograrlo con el aceite de Popinot.